

*Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados**

Ismael Saz

Universitat de València

Resumen: El artículo aborda la evolución de la dictadura franquista desde la perspectiva de la continuidad de dos proyectos político-ideológicos sucesivamente reformulados y siempre enfrentados: el del origen fascista de Falange y el del nacionalcatolicismo de Acción Española y sus epígonos, los «tecnócratas» del Opus Dei. Esencialmente antiliberales ambos y franquistas por igual, sus diferencias radicaban en los planos cultural y social, en el de la articulación de régimen y sociedad, y, consecuentemente, en el de la institucionalización. Se sostiene a partir de ahí que las sucesivas crisis del régimen radicaban en los enfrentamientos entre dichos proyectos, y que eran aquéllas y éstos los que explican la evolución de la dictadura. Desde esta perspectiva, se discuten nociones como la de «apertura» o algunas de las claves del enfoque de la modernización. Se constata, en fin, el agotamiento final de los discursos falangista y tecnocrático y la entrada del régimen en su fase final de crisis y descomposición; al tiempo que una sociedad crecientemente movilizadora y politizada emergía al margen de ellos y contra ellos.

Palabras clave: franquismo, Falange, nacionalcatolicismo, institucionalización, crisis.

Abstract: This article explores the Francoist dictatorship evolution from the perspective of the continuity of two political-ideological projects which were successively reformulated and always confronted: the project with a fascist origin represented by Falange, and the National-Catholicism, represented by Acción Española and its epigones, the Opus Dei “tec-

* Este trabajo forma parte del proyecto HUM2005-03741, financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

nócratas”. Both of them were non-liberal and Francoist, but they differed on some cultural and social aspects, on society’s articulation and, consequently, on the regime’s institutionalization. Therefore, the author maintains that the successive crisis of the regime lied in the confrontation between these projects, whereby the former and the latter explain the dictatorship’s evolution. From this point of view, the author discusses notions like the “openness” or several key aspects of the modernization approach. The article confirms, in short, the final exhaustion of the falangist and technocratic discourses and the entry of the regime into its final stage of crisis and decay; where at the same time an increasingly mobilized and politicized society arose out of them and against them.

Key words: Francoism, Falange, National-Catholicism, institutionalization, crisis.

La historia del franquismo es, podría decirse, la historia de sus crisis. Recordemos, abril de 1937, con la unificación en el marco de los célebres sucesos de Salamanca; mayo de 1941, con el fracaso de la ofensiva falangista y su epílogo con el atentado de Begoña y la caída de Serrano Suñer en 1942; 1957, con el fracaso de los proyectos de Arrese y la primera llegada de los tecnócratas al gobierno; 1969 con el famoso escándalo Matesa y la subsiguiente formación del llamado gobierno «monocolor».

En apariencia, y así han sido tratadas en general en la historiografía, poco tendrían que ver unas con otras. Y, desde luego, las diferencias entre ellas y de los contextos en que se producen no se pueden desconocer de ningún modo. En plena Guerra Civil, la de 1937, cuando se daban los primeros pasos en la configuración del régimen; durante la Segunda Guerra Mundial, la siguiente, cuando las armas del Eje dominaban Europa; tras la derrota de los fascismos y cuando el camino hacia la unidad europea iniciaba su andadura, la tercera; la última, en fin, cuando el régimen culminaba su «institucionalización», aunque sólo para entrar en la más grave de todas sus crisis, la que iniciaba el proceso de su abierta descomposición.

Si desplazamos la atención hacia las transformaciones culturales, sociales y económicas, los cambios no parecen menos abismales. Así, la derrota de los fascismos cerró las ubres —aunque, como se verá, no todas— del pensamiento falangista; tanto como el Concilio Vaticano II cerraría las del nacionalcatolicismo —aunque tampoco todas—; y, en medio, la primera gran crisis —la de febrero de 1956— de la universidad española y la progresiva defección respecto del régimen del

mundo de la cultura, sin olvidar la gran revolución cultural mundial de los años sesenta. Por supuesto, la economía española había entrado en esa misma década en un proceso de extraordinario crecimiento que alteraría también radicalmente el mapa de la sociedad española. Aunque no deba olvidarse que ese gran crecimiento se produce en el marco de la «edad de oro» mundial de la economía y tiene mucho de recuperación de lo perdido en la década de los cuarenta. Del mismo modo que la «gran transformación» de la sociedad española se produce en el marco de una «revolución social» también mundial¹. Lo que vale la pena recordar aquí para evitar tentaciones economicistas y deterministas: las sociedades europeas de los sesenta no eran como las de los cincuenta y, consecuentemente, tampoco los marcos comparativos de la sociedad española eran los mismos. Si las sociedades europeas estuvieron presentes en el proceso de su propia transformación no hay por qué descartar a priori que la española —y no sólo por meros reflejos economicistas— estuviera también en la suya.

Las tesis que se sustentan en este texto es que, no obstante la magnitud y profundidad de todos los cambios expuestos, hay un hilo conductor entre todas las crisis del franquismo. Un hilo que no es otro que el de los enfrentamientos entre los falangistas del Movimiento y sus aliados-rivales de la coalición en el poder. Aunque esto no suponga desconocer todos los matices y posiciones ocasionalmente transversales, puede decirse que esos aliados eran, en un plano socio-institucional, el Ejército y la Iglesia, además, por supuesto, de los menos «visibles» mundos de los negocios y de la alta burocracia; y, en el plano político, monárquicos, tradicionalistas y católicos; por más que fuera el mundo de Acción Española-Opus Dei el que dotara de mayor coherencia ideológica y política a estos sectores², y al que los falangistas reconocieron siempre como su «enemigo» principal.

De hecho, fueron precisamente los falangistas y los hombres de Acción Española y sus epígonos los que articularon los dos proyectos políticos en torno a los cuales gravitarían las sucesivas crisis del régimen. Dos son los enfoques con los que, a veces expresamente, a veces tácitamente, la historiografía ha aludido a estos problemas y confron-

¹ Para las «revoluciones» mundiales, económica, social y cultural, véase HOBBSBAWM, E.: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Grijalbo, 1995.

² Lo que no vale tanto para los «católicos oficiales», los más vinculados a AC y la ACNP como Alberto Martín Artajo o Joaquín Ruiz Giménez. Al respecto, TUSELL, J.: *Franco y los católicos*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

taciones. El primero de ellos es el de la «institucionalización»; el otro, el de la discontinuidad. No negaremos, por supuesto, que el problema de la «institucionalización» fue efectivamente central. Sostendremos, sin embargo, que éste era y debe tratarse como algo que se abordaba en el marco de proyectos políticos que respondían, a su vez, a configuraciones ideológicas bien definidas y claramente operativas. En este sentido, disentimos tanto de aquellas interpretaciones que sitúan las líneas de confrontación exclusivamente en meros términos de poder de grupos rivales, como de aquellas otras que descarnan los proyectos políticos de sus dimensiones y sustentos ideológicos.

Circunstancia que tiene que ver con el segundo enfoque de referencia, el de la discontinuidad, y esto en lo que se refiere especialmente a los proyectos en pugna en el periodo 1957-1969. Desde esta perspectiva se ha podido incidir, las más de las veces acertadamente, en la importancia del cambio generacional tanto en el campo de los falangistas como en el de los tecnócratas; en los cambios de énfasis que se producen en el discurso, en particular de los últimos; en los enunciados abiertamente «modernizadores» y «desarrollistas» también de éstos, lo que se presenta, generalmente, en contraposición al inmovilismo, supuesto o real, de sus oponentes. Una vez más, sin embargo, hay que subrayar que tales cambios no son, en primer lugar, tan radicales como se presupone con frecuencia; y, en segundo lugar, que hay que entenderlos dentro de una matriz de pensamiento sin la cual son sencillamente ininteligibles.

Los dos proyectos. Falangistas y nacionalcatólicos

Como hemos tenido ocasión de poner de manifiesto en otro lugar³, son fundamentalmente dos los proyectos político-ideológicos en torno a los cuales se articula la vida política y cultural del régimen: el fascista de Falange y el Nacionalcatólico de Acción Española. El primero de ellos respondía —y con una capacidad de elaboración superior a lo que generalmente se piensa— al núcleo mítico de la ideología fascista: una forma palingenésica y revolucionaria de ultranacionalismo populista. El segundo se asemejaba en sus grandes líneas, y más allá de sus

³ SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

incuestionables diferencias, a la gran familia del nacionalismo reaccionario europeo, aquel que, sin cuestionar en absoluto el desarrollo capitalista y la modernización económica —más bien al contrario—, abominaba del liberalismo y cualquiera de sus, para ellos, adláteres —democracia, socialismo, masonería..., la Antifracia o Antiespaña, en suma— y oponía frente a todo lo sucedido tras las revoluciones liberales una vuelta, pensada y selectiva, a las instituciones del Antiguo Régimen, con aquellos grandes pilares imprescindibles que serían la Monarquía y la Iglesia como sustento y coronación de una sociedad articulada en torno a las corporaciones y, con diversos matices, las regiones.

Se puede ir, sin embargo, más lejos a la hora de seguir el desarrollo de estas formulaciones mínimas. El proyecto fascista contemplaba un Estado totalitario cuyas piezas esenciales eran el Caudillo y el partido. El primero como expresión misma del pueblo y cabeza indiscutible del partido, y de ahí la propensión antimonárquica. El segundo como depositario real del poder, al tiempo que gran educador y articulador de la sociedad, del pueblo. Su populismo se traducían en sus líneas generales en la idea de la participación popular —ordenada, jerárquica, controlada, sí, pero participación popular— como esencia misma y clave legitimadora de todo régimen totalitario, fascista; en la del primado de la política sobre la economía, la técnica o la administración, lo que implicaba una politización igualmente controlada de la sociedad; en un componente socializante especialmente orientado hacia las clases populares y que quería hacer del sindicalismo propio una palanca esencial para lograr dicho objetivo, al tiempo que una pieza esencial en el engranaje del Estado totalitario.

El proyecto nacionalista reaccionario, el de Acción Española, era, por el contrario, monárquico en esencia, lo que le hacía contemplar la figura del Caudillo como un expediente transitorio. Era elitista y, por ende, nada populista; contemplaba además cualquier forma de protagonismo popular como una forma de romanticismo potencialmente democrático y revolucionario; apostaba por una sociedad sin política en la que el gran elemento socializador y educador fuera la Iglesia y en la que el partido podría constituir, en su caso, un expediente transitorio. Era la Administración y no la política la que debía estar en el puesto de mando. Y si la modernización económica era un objetivo fundamental, ésta debía anteponerse a toda pretensión socializante. La participación popular, nunca articulada en torno al partido —o al

menos no como una pieza central del Estado—, debería llevarse a cabo a través de mecanismos tradicionales, esto es, la representación corporativa.

Hay otras dos dimensiones de estos proyectos que en modo alguno pueden olvidarse. Nacionalistas antiliberales ambos, con el mito de la decadencia de la patria como idea fuerza original, su antiliberalismo, tanto como su esencialismo nacionalista, tenía matrices distintas cuando no abiertamente contrapuestas. Así, mientras el fascismo era un antiliberalismo posliberal no necesariamente reñido con toda la cultura secular de los siglos XIX y XX, el nacionalismo reaccionario se erigía precisamente como baluarte frente a toda ella, frente a todo lo que había dado la «modernidad europea» desde el siglo XVI en adelante. En lo que a las esencias de la patria toca, el gran referente es, para los fascistas, el pueblo; un pueblo eterno y abstracto, por supuesto, pero un pueblo en el que radican las esencias patrias y base por tanto de toda regeneración, de toda palingenesia. Para el nacionalismo reaccionario, en cambio, es en la unidad católica donde se hallan las raíces mismas de la patria, la esencia que la define y la base ineludible de su recuperación. No es de extrañar, por tanto, que el nacionalismo reaccionario fuera, por definición, más cerrado y excluyente que el posliberal. El primero quería arrumbar toda la cultura moderna, el segundo bebía de ella. No en vano, los grandes referentes de los fascistas españoles serían los regeneracionistas, la «generación del 98» con Unamuno como gran hito y Ortega. «Nietos» e «hijos» rebeldes de éstos, podían cortar con su liberalismo, pero no romper sus amarres culturales. Dicho de otro modo, convenientemente troceada y manipulada, la cultura laica y secular de la España contemporánea, de la España liberal, era susceptible de ser integrada en un proyecto fascista. Desde la perspectiva nacionalcatólica, era precisamente por ese mismo carácter secular y liberal por lo que dicha cultura era la responsable de la ruptura de la unidad católica; debía por tanto ser aniquilada, erradicada para siempre. Y no eran, desde luego, los medioherejes, medio-protestantes o ateos Unamuno y Ortega los más adecuados referentes para el renacer de la patria.

Del resto de las diferencias hay una que conviene retener especialmente. La relativa a la modernidad económica. Ambos nacionalismos eran modernizadores económicos, una cualidad que, en términos generales, se le ha discutido pocas veces al fascismo, aunque sea ésta otra de las dimensiones que tiendan a perderse de vista a la hora de

analizar las políticas económicas del franquismo. Pero lo era también, y desde el principio, el nacionalismo reaccionario, el nacionalcatolicismo; desde Menéndez y Pelayo a Maeztu, y desde éste a los tecnócratas del Opus Dei. Reacción política y modernización capitalista van estrechamente unidas, son las dos caras de una misma moneda⁴. La diferencia, en cuanto a modernización económica, estribaba, por tanto, en otra parte; estribaba en que esa modernización económica debía supeditarse, entre los fascistas, al primado de la política, que es tanto como decir, de unos proyectos nacionales, populistas y socializantes, confusamente articulados en la idea de la «tercera vía» entre capitalismo y socialismo. Para el nacionalismo reaccionario no había más vía que la capitalista, despojada, eso sí, de cualquier connotación cultural, ideológica o política de signo liberal.

En resumen, puede hablarse en propiedad de una serie de contraposiciones que abarcaban, más allá del carácter nacionalista, el antiliberalismo y la inquebrantable fidelidad al régimen, prácticamente todos los ámbitos de la cultura, la sociedad y la política: populismo frente a elitismo; «apertura» cultural frente a ruptura total; participación popular frente a organización tradicional de la sociedad; política frente a administración; partido —y todas sus organizaciones, la sindical especialmente— frente a Cortes; partido frente a Iglesia en los planos de la socialización y control de las conciencias; modernización económica con preocupaciones socializantes, frente a modernización económica sin más.

Naturalmente, estas contraposiciones no eran tan nítidas como en la anterior formulación podrían aparecer: todos aceptaban el Movimiento y la Organización Sindical, todos las Cortes, todos hablaban de representación, todos aceptaban las decisiones del Caudillo respecto de la Monarquía, todos eran católicos, todos querían la modernización económica y la racionalización administrativa y todos se preocupaban por el bienestar del pueblo. Pero por debajo de esos discursos comunes latían las diferencias apuntadas. Que no excluían a nadie del régimen, pero que son las que explican su evolución.

⁴ Véase al respecto, especialmente, BOTTI, A.: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992; y VILLACAÑAS, J. L.: *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Madrid, Espasa, 2000.

Derrotas políticas y batallas culturales

No puede hablarse de crisis en el proceso que conduce a la colocación de la primera, y esencial, pieza del engranaje franquista: el encumbramiento de Franco como Generalísimo, Jefe de Gobierno y Jefe del Estado. Pero sí en lo relativo a la segunda, la unificación de las fuerzas nacionalistas en un partido único. Hoy conocemos bastante bien el proceso, tanto como los sucesos violentos que precedieron a dicha unificación desde fuera, desde arriba y por decreto⁵. Se ha fijado menos la atención, sin embargo, en dos aspectos profundamente interrelacionados con el mismo. Por una parte, el hecho de que ya en los inicios del proceso quedaron claras dos posiciones contrapuestas que se mantendrían a lo largo del régimen; y, por otra, que desde el momento de la unificación se mantuvo una ambigüedad que haría de la dinámica Partido-Movimiento o Falange-Movimiento un terreno de disputa de principio a fin de la dictadura. En efecto, y en el primer aspecto apuntado, no faltaron pronunciamientos desde los distintos sectores políticos que apoyaban a los sublevados en el sentido de llegar a una unificación de las fuerzas nacionalistas. Pero, mientras unos —monárquicos, cedistas, tradicionalistas— parecían apostar por una unificación laxa, sin perfiles ideológicos claramente definidos, un poco a semejanza de la Unión Patriótica de Primo de Rivera; otros —los falangistas— aspiraban a la configuración de un partido propio y verdadero, un partido fascista que constituyera la base y el eje del Estado totalitario al que aspiraban.

Pues bien, el decreto de unificación iba a dejar por completo abierta la cuestión. Primero, porque la unificada FET de las JONS era mencionada en el decreto no como partido, sino como nueva «entidad política». Y, segundo, esa nueva entidad empezó a denominarse como «Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las JONS». En apariencia, eso constituía un triunfo sin paliativos de los sectores conservadores partidarios de una unificación laxa de todos los españoles que se identificaban con el «Movimiento Nacional»⁶. Por otra parte, sin embargo, la nueva entidad asumía los (ya) 26

⁵ Véase, por todos, THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.

⁶ SAZ CAMPOS, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp. 146-148.

puntos de Falange, es decir, su ideario fascista, y lo que no es menos importante, en los meses siguientes FET de las JONS terminaría por serle entregada de facto a la vieja Falange. Partido único o Movimiento, Falange o Movimiento, se abriría aquí una dialéctica que, como decíamos y veremos, perduraría hasta el final.

No fue ésta, con todo, la única cuestión que se dirimió en los primeros momentos, por más que por entonces estas cuestiones no parecieran tener una relevancia esencial. En particular, la centralidad que desde el principio asumiría el gobierno, por encima del partido; lo que el primero tendría de «técnico» más que de político⁷; y, en fin, que en el particular reparto de las zonas de influencia, la cartera de Educación iría a parar, como en lo sucesivo, a los católicos.

El aparente proceso de fascistización en el que entró el régimen en lo que quedaba de Guerra Civil y los primeros años de la guerra mundial pareció configurar una España nacionalsindicalista: en el ambiguo terreno de lo institucional, con la creación de la Junta Política, en las organizaciones de masas —Sección Femenina, Frente de Juventudes, Organización Sindical...—, con el control de la prensa y la propaganda por los falangistas radicales, con la ocupación, en fin, de las calles. Pero había mucho de fachada y menos de realidad en todo esto, como los falangistas apreciaron muy claramente. De ahí la ofensiva y la crisis de 1941. Cuatro aspectos nos interesa retener al objeto de nuestro estudio. En primer lugar, que en la fase de ofensiva es «Falange» y no el «Movimiento» el gran sustantivo, lo que sucederá menos en la fase de reflujo; algo que también se apreciará en posteriores momentos y crisis. En segundo lugar, que en sus continuos alegatos contra sus, innumerables, enemigos, el primado de la política es obsesivamente reivindicado. Y, ya en los inicios de la ofensiva falangista, la contraposición entre técnica y política la hará explícita José Antonio Maravall para reivindicar justamente la primacía de la segunda⁸. En tercer lugar, que es por entonces cuando los falangistas más radicales, los más fascistas y filonazis, podrán reivindicar, no ya, o no ya sólo, a un Unamuno o un Ortega, sino hasta a un Antonio Machado; un aspecto más de esa voluntad de integración selectiva y mani-

⁷ «Las características de este Gobierno —escribía Nicolás Franco a Farinacci en marzo de 1937— han de ser de capacidad, autoridad y orientación acorde con los principios del Movimiento Nacional». Citado en SAZ, I: *Fascismo...*, op. cit., p. 138.

⁸ MARAVALL, J. A.: «Sobre el tema de la técnica», *Arriba*, 4 de marzo de 1940.

pulada de parcelas de la cultura liberal y secular española. Finalmente, que en la resolución de la crisis parece configurarse una especie de acuerdo tácito por el cual habrá más Falange a cambio de que en ésta haya menos fascismo, esto es, de que se haga más ortodoxa (católica) y menos extranjerizante (fascista)⁹. El nacionalcatolicismo daba un paso más desde el punto de vista de la hegemonía cultural e ideológica, pero Falange reforzaba su presencia institucional e incluso podría desarrollar, con Girón en el Ministerio de Trabajo, una política social y populista.

Saltar desde aquí a la siguiente gran crisis, la de 1957, significaría obviar algunos procesos de gran importancia, al tiempo que perder de vista muchos de los elementos fundamentales para comprender ésta última. La llegada del «catolicismo oficial» —un tercer contendiente— al gobierno sería una de ellas; la resuelta voluntad de Franco de no prescindir de Falange, así como la nueva «primavera» falangista que se extiende de 1948 a 1953, otra; y debe retenerse también la configuración de una alianza táctica y de largo recorrido entre una parte del «catolicismo oficial», con Ruiz Giménez, especialmente, y el falangismo «revolucionario».

Porque es, en efecto, entre 1948 y 1956 cuando se configura una batalla cultural sin precedentes, sin la cual es imposible entender el cambio de rumbo de 1957¹⁰; una batalla cultural y política en la que se tocaron todos los mimbres ideológicos. El gran debate sobre el «ser de España», sobre la España con o sin problema, de Laín y Calvo Serer respectivamente, puso en juego además todos los resortes: falangistas de una parte, en alianza con sectores del catolicismo oficial, y las gentes de Acción Española, de otra. Hubo debates sobre la educación y el papel del Estado —y pugnas por las cátedras entre nacionalcatólicos y gentes del SEU—; sobre la revolución (falangista) y la contrarrevolución; por supuesto, y como siempre, sobre la restauración monárquica. En el plano social, todos —el régimen también— acusaron el aldabonazo de la huelga de los tranvías de 1951, lo que no iba a lastrar, más bien al contrario, el populismo demagógico

⁹ Para una visión de conjunto, véase THOMÁS, J. M.: *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

¹⁰ Véase, especialmente, JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 355 y ss.; TUSELL, J.: *Franco y...*, *op. cit.*, pp. 283 y ss.; FERRARY, A.: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos*, Pamplona, EUNSA, 1993; SAZ CAMPOS, I.: *España...*, *op. cit.*, pp. 379 y ss.

de Girón. Pero, sobre todo, lo que se discutía era qué hacer con España, y con el régimen. Desde Falange se reivindicaba, por supuesto, la centralidad de eso, de «Falange», y el vocablo «revolución» volvió a brillar en sus publicaciones. Ya no se podía hablar de «fascismo» o «imperio»; pero sí en clave de la vieja «tercera vía» de origen fascista. No era otra cosa la voluntad integradora de Laín, cuando al presentar «España como problema» se situaba en una perspectiva integradora de carlistas y liberales y apostaba por abrir las pautas culturales del régimen para dar entrada a todo lo que de utilizable e integrable podía haber en la España liberal. La cosa cuajó con la famosa diferenciación de Dionisio Ridruejo entre «excluyentes y comprensivos». Al tiempo, florecían las revistas falangistas, críticas, revolucionarias y socializantes, y el SEU se lanzaba a experiencias culturales y sociales —el SUT— que parecían concretar la cara revolucionaria y populista de Falange. Porque, en el fondo, de lo que se trataba era justamente de esto, de conseguir de nuevo, aunque por otros medios, la centralidad de Falange en la vida política del régimen.

Pero sus oponentes, aquellos que les denunciaban como «oportunistas revolucionarios y demócratacristianos complacientes» no lo tenían menos claro. Tampoco en esto había tercera vía alguna. La España esencial, la España católica se había impuesto definitivamente sobre sus enemigos en la Guerra Civil: extirpada de una vez y para siempre la hidra liberal, ya no había problema de España. Había, sí, problemas, y era por aquí por donde los hombres de Acción Española, ya muchos del Opus Dei, como Calvo Serer y Pérez Embid, formularían todo un programa que no era otro que el de Acción Española, y si se nos apura de Acción Francesa: restauración monárquica, religión, mecanismos tradicionales de representación (Cortes) y regionalismo. Todo esto era la «españolización de los fines» de Pérez Embid; pero junto a ello estaba la «europeización de los medios», es decir, modernización económica; lo que entroncaba con toda claridad con aquella otra cara, de la que se hablaba más arriba, del nacionalcatolismo.

Hacia 1953 la polémica se había extremado en exceso y Franco hizo lo que mejor sabía: mandó parar. Calvo Serer, fundamentalmente, había llegado demasiado lejos al extraer consecuencias políticas del debate. Hasta le había presentado a Franco su, supuesta o real, tercera fuerza, incluso con nombres —entre los que estaba, por cierto, el de López Rodó, por entonces un brillante catedrático del

Opus—¹¹. También la Falange revolucionaria y culturalmente aperturista tuvo su canto del cisne en el primer congreso nacional de FET de las JONS. Calvo Serer, por una parte, tuvo que salir del escenario y la primavera de Falange, por otra, se apagó o fue apagada¹².

Todo esto tuvo sus costes. La Falange en particular había alimentado sueños de revolución y esperanzas de justicia social, dinamización política y apertura cultural entre los más jóvenes. El «parón» demostró para muchos de éstos su falsedad. Descubrieron una realidad distinta y más oscura que la que se pregonaba, constataron que sus maestros eran de barro y se alejaron del régimen tanto como de Falange¹³. Los sucesos universitarios de 1956, que son el principio de la pérdida de la universidad y, sucesivamente, de la batalla por la cultura por parte del régimen, no se pueden entender sin tener en cuenta estos precedentes decisivos. Más aún, la respuesta de Franco a los incidentes en la universidad iba a situar al régimen ante una encrucijada decisiva. No había nada de nuevo en la forma de resolver la crisis por parte del Jefe del Estado. Se habían descontrolado los estudiantes y el partido no había estado a la altura de circunstancias; bastaba, por tanto, con cesar a los ministros responsables, uno de cada parte: un Ruíz Giménez, ya previamente herido en el Ministerio de Educación, y un tocado Fernández Cuesta en la Secretaría General del Movimiento. El problema es que un Franco consciente del deterioro de Falange fue a encargarle a su sucesor en el cargo, el fiel Arrese, que se ocupase de revitalizar el Movimiento. Pero éste iría más lejos, iría al núcleo de uno de los problemas esenciales del régimen, el de su institucionalización. Sería éste el principio de una crisis decisiva, la de 1957.

De una crisis a otra, 1957-1969

En efecto, Arrese iba al núcleo del problema, que no era otro ya que el de después de Franco, ¿qué? Los aldabonazos sobre el régimen se habían sucedido en la última década. El desprestigio del Movimiento no se le escapaba a nadie y la eventual defección de la univer-

¹¹ FERRARY, A.: *El franquismo...*, *op. cit.*, p. 359.

¹² TUSELL, J.: *Franco...*, *op. cit.*, pp. 334-335.

¹³ JULIÁ, S.: *Historias...*, *op. cit.*, pp. 429-444.

sidad afectaba decisivamente a la perspectiva de renovación de las elites del régimen; el propio dictador había entrado ya en los sesenta. Franco no era, pues, eterno, y se extendía la convicción entre la clase política de que las perspectivas de supervivencia del régimen tras su desaparición física eran mínimas, a menos que se resolviera el siempre pendiente problema de la institucionalización. Era lógico que Arrese lo acometiera y que lo hiciera según las grandes líneas del pensamiento y objetivos falangistas. Esto es, la de volver a situar al Movimiento —al Movimiento como patrimonio de Falange— en el centro del sistema político. Los tres proyectos de ley preparados al efecto —la Ley de Principios del Movimiento Nacional, la Ley Orgánica del Movimiento Nacional y la Ley de Ordenación del Gobierno— iban en esa dirección. De hecho, la segunda de ellas liberaba al Movimiento, a su Consejo Nacional y a su Secretario General de la dependencia respecto del futuro Jefe del Estado, y la tercera reforzaba la capacidad de control sobre el gobierno del propio Consejo Nacional. Por encima del Gobierno y por encima incluso de las Cortes. Era, sin más, el viejo proyecto falangista, el que, como recordaría López Rodó había acariciado quince años antes Serrano Suñer¹⁴. Pero era un proyecto que tenía lo suyo de utópico, aunque sólo fuese porque aspiraba a conseguir en 1956 lo que no se había alcanzado en momentos en los que la correlación de fuerzas le era mucho más favorable.

Todo esto iba a quedar meridianamente claro con la casi unánime y fulgurante reacción de todos los sectores del régimen, de monárquicos a tradicionalistas y católicos, de la Iglesia —además en primera persona— a los militares y a Carrero Blanco. El fracaso del proyecto Arrese fue, en consecuencia, rotundo; y, por si fuera poco, iba acompañado del eclipse de la otra gran figura del falangismo que había emergido con la crisis de 1941, el populista Girón. Como proyecto político y como proyecto social, Falange parecía haber fracasado definitivamente. En su lugar iba a cobrar fuerza el proyecto alternativo, el que un día abrigara Acción Española, que no era otro que el de una Monarquía, católica, tradicional y representativa. Este era el proyecto de Carrero Blanco, bien asesorado ya por esas fechas por el que iba a ser su mano derecha en la década sucesiva, López Rodó.

¹⁴ LÓPEZ RODÓ, L.: *Política y desarrollo*, Madrid, Aguilar, 1970, pp. 17-22. También Carrero Blanco se retrotraía en el tiempo hasta evocar los sucesos de Begoña. IGLESIAS DE USSEL, P. H.: *La política del régimen de Franco entre 1957 y 1969*, Madrid, CEPC, 2006, p. 15.

El cambio de gobierno de 1957 lo ilustraba a la perfección. El poder de Carrero salía reforzado, aumentaba la presencia monárquica y perdían terreno los «católicos oficiales» y los falangistas más significados, por más que algunas «caras nuevas», como la del católico Castiella en Exteriores y el falangista Solís al frente del Movimiento, pudieran restañar un tanto los equilibrios anteriores. Sobre todo, llegaban al gobierno los tecnócratas del Opus Dei, con Ullastres en Comercio y Navarro Rubio en Hacienda, además, claro es, de la presencia, aunque en segundo plano mucho más decisiva, de López Rodó. Una escalada al poder del grupo de Acción Española y una derrota de la «Falange más política y revolucionaria, y el sector de Acción Católica», sentenciaría Ruiz Giménez¹⁵, quien de paso abogaría por reconstruir dicha alianza, la misma que años atrás denunciara Calvo Serer como de «oportunistas revolucionarios y democratacristianos complacientes».

¿Era realmente así? Dos cuestiones se abren al respecto. Primera, la relativa a los fuertes elementos de continuidad —de precedentes batallas— que advirtieron protagonistas y contemporáneos. Y, segunda, la relativa al calibre de la victoria.

En lo que se refiere a la primera cuestión, se ha querido ver en la historiografía y las ciencias sociales una cesura importante entre la vieja Acción Española y los nuevos tecnócratas del Opus. Sea por cuestiones generacionales, que están en todo caso fuera de toda duda; sea por la atribución a las nuevas gentes del Opus de un lenguaje más secularizado¹⁶; sea por su inequívoca apuesta por la eficacia y la modernización económica, con su paralela racionalización de la Administración; sea por la existencia de un proyecto coherente de institucionalización del régimen¹⁷. Todo esto se ha visto de algún modo redondeado por una perspectiva historiográfica —la de la modernización— que atribuye efectos benéficos —por más que involuntarios— bien a la modernización económica en sí, bien a la que tiene lugar en los terrenos de las relaciones laborales —negociación colectiva— y en el de la Administración¹⁸. En el plano político, algu-

¹⁵ IGLESIAS, P.: *La política...*, *op. cit.*, p. 23.

¹⁶ JULIÁ, S.: *Historias...*, *op. cit.*, pp. 391-395.

¹⁷ CASANOVA, J.: «Modernización y democratización: reflexiones sobre la transición española a la democracia», en CARNERO, T. (ed.): *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 235-276.

¹⁸ *Ibid.*

nos historiadores no han dudado en calificarlos de aperturistas, por más que fuera para contraponerlos a otros aperturistas, los que tendrían a Solís y Fraga como protagonistas fundamentales¹⁹.

Pero la perspectiva del aperturismo, por notables que sean sus aciertos parciales, confunde más de lo que esclarece, como sucede con la de la discontinuidad de unos y otros. Porque es verdad, como se apuntaba, que hay un cambio generacional en lo relativo a algunos de los principales protagonistas, como hay también un cambio de «maneras» que en algunos casos se hacen más suaves y tangenciales. Pero no cambian los proyectos, no cambian los objetivos, ni la férrea voluntad de alcanzarlos a través, si es necesario, de las más duras batallas intestinas. Lo que viene a contestar implícitamente a la segunda cuestión que planteábamos más arriba: el fracaso del proyecto político falangista de 1957 lo fue ciertamente en tanto que tal proyecto, pero no supuso una derrota sin paliativos de Falange, la cual proseguiría, aunque ahora por otros medios y de forma más sutil, los objetivos de siempre.

Porque en el fondo es precisamente eso lo que cambia, las «maneras» y las tácticas, algo que tiene mucho que ver con las lecciones del pasado. La diferencia fundamental entre López Rodó y Calvo Serer está en que el primero ha aprendido que las luchas no pueden plantearse abiertamente y «de frente» en el marco del régimen franquista, que hay que buscar aliados, que no hay más posible vía de restauración de la Monarquía que la que pase por el convencimiento de Franco, que hay que guardarse de posibles aliados sospechosamente fronterizos, como el catalanismo²⁰. Y lo mismo puede decirse, en el otro campo, de Solís Ruiz, quien era bien consciente de que los objetivos de Falange no podían acometerse frontalmente, a la manera de Arrese, sin levantar, como había sucedido con éste, todas las resistencias, todos los demonios.

Había otro elemento común a los dos campos y que, al tiempo, constituía una cesura respecto de la década anterior. Éste era que el nunca culminado proceso de institucionalización del régimen había

¹⁹ Véase, por todos, SOTO CARMONA, A.: *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, p. 20.

²⁰ Como se infiere de las críticas que López Rodó vierte sobre la «politización» de *Arbor* en la época de Calvo Serer. Circunstancia que, por cierto, aprovecha para arremeter contra otro intento de «politización», éste de Ruiz Giménez. LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias*, Barcelona, Plaza y Janés-Cambio 16, 1990, p. 35.

dejado se ser un proyecto de futuro para convertirse en un proyecto de supervivencia. Esta percepción, cada vez más acusada por parte de todos los sectores del régimen, tenía sólidos fundamentos. El grave accidente de caza de Franco en 1961 sirvió, en efecto, para que muchos tomaran conciencia de que mucho estaba por hacer: nada se había fijado respecto de la sucesión de Franco, lo que agudizaba las contradicciones entre los monárquicos y los tendencialmente «regencialistas» del Movimiento; ni siquiera había un Presidente de Gobierno que pudiera cubrir transitoriamente la eventual desaparición del Jefe del Estado; el proyecto de hacer pasar la vida política del régimen después de Franco por el Movimiento había embarrancado, pero no se había llevado a la práctica el proyecto alternativo. Pronto se dejarían sentir los efectos del Concilio Vaticano II, que sembrarían el desconcierto en la clase política; la contestación social, en la universidad, en el mundo obrero, y pronto desde la cuestión nacional mostraba que el régimen estaba perdiendo el control de la sociedad; en fin, la sensación de división entre la clase política era tal que todos eran conscientes que de seguir así las cosas difícilmente el régimen podría sobrevivir a su único elemento de cohesión, Franco.

Naturalmente, esto enconaba las disputas y hacía urgente que unos y otros intentaran, ya desde el instinto de la supervivencia, llevar a cabo sus diversos proyectos. Que podían contener, ciertamente, algunos elementos de «apertura», pero que eran sustancialmente unos proyectos de supervivencia del régimen desarrollados según las grandes líneas de pensamiento —y aquí las continuidades fuertes— de los distintos sectores del régimen.

Continuidades, en efecto, en la línea de Carrero Blanco y los tecnócratas del área del Opus Dei, cuyo sueño y objetivo fundamental era una Administración sin política, basada en la primacía del Estado y el Gobierno, la subordinación del Movimiento —que, además, debía ser «de todos» y no de Falange— y los sindicatos; la eficiencia económica por encima de cualquier límite socializante; la centralidad representativa de unas Cortes reafirmadas en sus parámetros corporativos tradicionales; la coronación del edificio con el nombramiento del sucesor de Franco. Un proyecto perfectamente coherente que de llevarse a cabo constituiría la culminación de la utopía reaccionaria. Que no era otra que la de una sociedad despolitizada y desmovilizada, satisfecha con los logros económicos y el aumento del bienestar, presidida por un Estado tan eficiente como antiliberal.

Los grandes hitos «tecnocráticos» de los gobiernos que van de 1957 a 1969 se ajustan perfectamente a estos parámetros. Las leyes relativas a la reforma de la Administración, en primer término —la de Régimen Jurídico de la Administración del Estado (1957) y la de Procedimiento Administrativo (1958), fundamental aunque no únicamente—. Unas leyes que ciertamente consiguieron racionalizar, modernizar y hasta cierto punto cohesionar una Administración hasta entonces caótica, fragmentada y arbitraria, constituyendo, por eso mismo, un apoyo sustancial para el correlativo crecimiento económico. No hubo grandes resistencias al proyecto de racionalización en sí de la Administración por parte del sector falangista. El problema se situaba en otro punto. En aquél que «despolitizaba» la Administración, para convertirla en eje y motor de quien debía hacer la única política posible, el Gobierno; lo que conllevaba la subordinación a la Presidencia del Gobierno de áreas que el Movimiento y la Organización Sindical consideraban propias²¹. Concedía, ciertamente, algunos derechos al ciudadano, pero como su gran impulsor, López Rodó, vino a dejar muy claro en su discurso de defensa en las Cortes de la Ley Reguladora del Derecho de Petición, su principio inspirador era el de la «colaboración leal, activa y ordenada» del ciudadano con el Estado²². En suma, no era el problema de la reforma de la Administración en sí el que constituía motivo de enfrentamiento entre los sectores del régimen, sino el hecho de que de algún modo se concibiera como la antítesis del Movimiento, de la organización política de los españoles. Algo que hasta el propio Franco le recordaría a López Rodó en uno de los inveterados ataques de éste al Movimiento²³.

²¹ Hubo más resistencias puntuales en torno a proyectos concretos. Como, por ejemplo, la —al fin exitosa— de Ruiz Giménez, en 1961, a un proyecto de Ley de Presidencia de Gobierno que pretendía nada menos que hacer pasar a los funcionarios por el principio de confesionalidad del Estado; IGLESIAS, P. H.: *La política...*, op. cit., p. 223. Para las reacciones en la Delegación Nacional de Sindicatos a la Ley de Procedimiento Administrativo, véase SOTO, A.: *¿Atado...*, op. cit., p. 45.

²² Discurso recogido en LÓPEZ RODÓ, L.: *Política...*, op. cit., pp. 169-187. En él puede verse, de paso, una fuerte arremetida contra el liberalismo y el «totalitarismo» en nombre de los principios del «pensamiento tradicional español».

²³ «Si dejamos un vacío político, entonces otros lo llenarán. A Don Miguel Primo de Rivera le faltó el instrumento político. El Estado administrador no basta», citado en IGLESIAS, P. H.: *La política...*, op. cit., p. 405.

En la misma dirección de diluir el partido y la participación política de los españoles iba la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento Nacional (1958), en cuya redacción el protagonismo de López Rodó —junto con el ideólogo del «crepúsculo de las ideologías», Fernández de la Mora— volvió a ser decisivo. Pues bien, la ley no sólo reafirmaba la esencialidad católica y la forma monárquica, tradicional, social y representativa del Estado, sino que además definía al Movimiento Nacional como «comunidad de los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada». Comunidad frente a organización, pues, y, lo que es más sorprendente, ninguna referencia al Movimiento en el articulado de la ley, ni más forma de participación del pueblo que la puramente «orgánica». Movimiento-comunidad, representación orgánica, Cruzada, el ideario en suma de Acción Española, el de 1936-1937, en estado puro.

No hay, ya en otro terreno, ninguna duda acerca del protagonismo de los tecnócratas en la elaboración del decisivo Plan de Estabilización y los sucesivos Planes de Desarrollo, con un papel estelar en estos últimos de López Rodó. Tampoco la hay del éxito económico sin precedentes del primero o del extraordinario crecimiento económico de los sesenta. Sin embargo, deberían tomarse todas las precauciones acerca de una suerte de «mitología resistente», por la que la elaboración del Plan de 1959 habría constituido poco menos que una imposición por parte de quienes lo elaboraron al impenitente régimen franquista. Porque de nuevo, como en lo relativo a la reforma de la Administración, hay que decir que los apoyos, y las resistencias, al Plan fueron transversales y que tanto gentes de origen falangista como tecnocrática colaboraron con entusiasmo en su preparación. Ni el Movimiento ni la Organización Sindical estuvieron, en tanto que tales, entre los enemigos del mismo.

El problema radicaría de nuevo en otra parte. En primer lugar, en la inquebrantable voluntad de López Rodó de someter a la Comisaría de los planes de desarrollo, y por ende a Presidencia de Gobierno, toda la política económica y social del régimen. Lo que comportaba, por una parte, serias limitaciones a la autonomía de la Organización Sindical; y, por otra, una política de restricciones salariales que generaba malestar social y agudizaba las contradicciones de aquélla. No hay duda, en fin, que López Rodó reafirmó en todo momento la primacía de la política económica sobre sus eventuales repercusiones sociales, denunció como poco menos que boicoteado-

res al Movimiento y la OSE y apostó sin tapujos por las maneras más autoritarias²⁴.

En segundo lugar, (el problema) radicaría en la utilización política del crecimiento económico. Desde una óptica claramente desarrollista y modernizadora²⁵, los tecnócratas pudieron completar su ideal de una sociedad sin política. Era el desarrollo y la economía lo que contaba y no las formas políticas o ideológicas. Por tanto, España podía desarrollarse como todos los demás países occidentales con sus propias formas políticas y su gran configurador, Franco. Máxime si este discurso legitimador podía coadyuvar al supremo ideal de la sociedad satisfecha, despolitizada y desmovilizada. Es decir, no hacía falta más. No más Movimiento ni participación popular, aunque sí culminar la institucionalización orgánica y monárquica.

La Ley Orgánica del Estado de 1966, más allá de lo que tenía de codificación y sistematización de leyes anteriores, abría la vía de la elección directa de los procuradores del «tercio familiar», lo que tenía tanto de «apertura» como de reafirmación del principio de representación orgánica. Máxime cuando se refrendaba la condición monárquica del Estado, se retomaba la caracterización del Movimiento como «comunidad» y se establecían precisos mecanismos que garantizaban su subordinación al Jefe del Estado y del Gobierno. La ley establecía, también, el principio de la separación entre la Jefatura del Estado y del Gobierno, lo que constituía un alivio para muchos en previsión de la desaparición física de Franco. Sólo quedaba, pues, para coronar el proyecto de Carrero y los hombres del Opus —el que lo había sido desde 1932 de Acción Española²⁶— el nombramiento de Juan Carlos como sucesor de Franco a título de Rey. Algo que este mismo sector conseguiría forzar, casi con «nocturnidad y alevosía», esto es, sin el conocimiento de la mayor parte del Gobierno, en julio de 1969²⁷.

²⁴ López Rodó responsabilizaba a la OSE de la creciente influencia de Comisiones Obreras, «cuya actividad —añadía— hay que cortar por todos los medios». Nota de López Rodó a Carrero de 2 de julio de 1968; citada en IGLESIAS, P. H.: *La política...*, op. cit., pp. 502-505.

²⁵ Recuérdese que López Rodó fue el autor del prólogo a la edición española de *Política y etapas de crecimiento económico*, de W. W. ROSTOV (Barcelona, DOPESA, 1972).

²⁶ PAYNE, S. G.: *El régimen de Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 564.

²⁷ TUSELL, J.: *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 331-344; PRESTON, P.: *Juan Carlos. El rey de un pueblo*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003, pp. 263-280; IGLESIAS, P. H.: *La política...*, op. cit., pp. 586-592.

El edificio estaba, pues, coronado y el proyecto culminado. Un éxito por tanto sin precedentes. Pero las contradicciones del régimen no se habían resuelto ni el futuro era menos incierto. Porque también el otro sector del gobierno —el de los Solís, Fraga y Castiella, que personificaba de algún modo la vieja alianza entre el falangismo y el «catolicismo oficial»— había movido sus propias piezas. Y lo había hecho tocando las claves que un día habían sido consustanciales al proyecto falangista. Esto es, reforzamiento del papel del Movimiento y la Organización Sindical como ejes de la participación popular y política social del régimen, así como una cierta apertura que facilitara esa participación a través y sólo a través de dichas organizaciones. El reconocimiento de cierta pluralidad en el interior de esas organizaciones era la condición sine qua non para su reforzamiento, y la relativa apertura cultural e informativa estaba en línea con la que desde 1940 en adelante habían querido impulsar los falangistas radicales. Todo ello desde el mismo sentimiento agónico que se iba instalando ya en toda la clase política del régimen. Como afirmara uno de los más destacados falangistas —Labadié—, sin la institucionalización —y la institucionalización del Movimiento— el régimen carecía de futuro después de Franco. Y para que ello fuera posible no había más remedio que abrir aquí a cierto pluralismo²⁸.

Todo en la actuación de este sector en los años que van de 1957 a 1969 obedece a este patrón: los continuos, siempre renovados y siempre fallidos intentos de impulsar las Asociaciones Políticas en el interior del Movimiento; la voluntad de Solís de dinamizar los sindicatos, a través de los Congresos Sindicales, impulsando la participación en las elecciones, intentando ganarse a las cada vez más presentes Comisiones Obreras o incorporando a sectores de la CNT; o las iniciativas para controlar las proyectadas Asociaciones de Cabezas de Familia. La propia Ley de Prensa (1966) de Fraga podría encuadrarse en esta perspectiva. No era en modo alguno una ley permisiva y los límites a la libertad de expresión que decía reconocer —artículo 2.º— eran, podría decirse, «ilimitados». Con todo, era infinitamente más abierta que la ley de 1938. Pero conviene recordar que ésta no era una ley «fascista», que era mucho más restrictiva que las de los países fascis-

²⁸ Informe de Labadié a Herrero Tejedor del 3 de enero de 1965; citado en, IGLESIAS, P. H.: *La política...*, *op. cit.*, pp. 363-365. Véase, también, sobre las posiciones de este miembro del Consejo Nacional del Movimiento, *id.*, pp. 432-434, y SOTO, A.: *¿Atado...*, *op. cit.*, p. 49.

tas, en las que, por ejemplo y a similitud de la ley española de 1966, no existía la censura previa.

Que no obstante los importantes avances y logros del sector opuesto, el que ahora comentamos estaba dispuesto a jugar hasta el final sus bazas lo confirman sus últimos dos grandes proyectos. El primero, la Ley Orgánica del Movimiento (1967), que conseguía reintroducir, poco meses después de la LOE, el concepto del Movimiento como «organización». El segundo, la proyectada Ley Sindical, constituía un ambicioso proyecto que liberaba a la Organización Social de la tutela del Gobierno, desempolvaba el viejo sueño falangista de la absorción de las Cámara de Comercio y otras corporaciones y dotaba al Congreso Sindical de una extraordinaria capacidad de fiscalización²⁹.

Las diferencias radicales entre los dos proyectos ideológico-políticos e institucionales podrían apreciarse también en negativo sólo con acercarse a las diatribas de algunos órganos de prensa del Movimiento que lanzaban sistemáticamente contra el Opus Dei, el modo en que se filtraban informes de organismos internacionales que se mostraban críticos con las iniciativas del gobierno o los intentos por desbordar algunas de las iniciativas gubernamentales, en materia de salarios especialmente. El Concilio Vaticano II, que sumió a ambas partes en el desconcierto, fue utilizado, también por ambas partes, para deslegitimar a la opuesta. En el terreno de los informes, escritos y conversaciones con Franco, la ferocidad de los ataques no parecía tener límites. El proyecto de Ley de Asociaciones de Cabezas de Familia movilizó en su contra hasta los obispos, y Pérez Embid no dudó en calificarlo como golpe de la «camarilla totalitaria»³⁰. Contrarios siempre a las asociaciones políticas, el grupo en torno a Carrero hizo cuanto pudo por bloquearlas. A los intentos de apertura sindical de Solís se les hacía responsables del crecimiento de Comisiones Obreras —a las que habría que reprimir a cualquier coste— y la incorporación de cenetistas a la OSE se presentaba como una entrega de ésta a la CNT³¹. En la mejor línea de Carrero Blanco, López Rodó arremetía ante Franco, en 1968, contra los efectos perniciosos de la Ley de prensa en los terrenos moral, religioso y político³²; y ni el mismo

²⁹ SOTO, A.: *¿Atado...*, *op. cit.*, pp. 49-51 y 59-62.

³⁰ IGLESIAS, P. H.: *La política...*, *op. cit.*, p. 355.

³¹ *Id.*, pp. 404 y 519.

³² Nota, citada, de López Rodó a Carrero de 2 de julio de 1968. El aumento de la

Fraga se libraría en algún momento de la acusación de alentar el anticlericalismo³³.

Tampoco se mostraba muy aperturista López Rodó a la hora de calibrar ante Franco los peligros del clericalismo y el anticlericalismo, aunque no se privaba por ello de desplegar ante el Generalísimo toda la panoplia de medidas represivas que se podían utilizar contra los eclesiásticos disidentes, al tiempo que recordaba las vinculaciones de muchos de ellos con el catolicismo oficial³⁴. El proyecto de Ley Sindical fue sañudamente combatido por Carrero, quien lo consideraba un «asalto al poder» similar a lo intentado por Arrese la década anterior³⁵; y más lejos iba todavía López Rodó, quien llegó a equipararlo a... la Revolución francesa³⁶. La arremetida final de la prensa del Movimiento con el beneplácito del ministro de Información —de Solís y Fraga, podría decirse— a propósito del asunto Matesa no puede considerarse, en consecuencia, como una súbita crisis que inauguraba las disensiones entre la clase dirigente de régimen. Fue, por el contrario, la culminación de una década de enfrentamientos cada vez más agudos que habían entrado en fase crítica en los últimos años. Aunque el modo en que se desarrolló la crisis y su resultante, con el gobierno «monocolor» de 1969, el que daría el máximo de poder a Carrero y los hombres del área del Opus Dei, abriría, eso sí, el estado de crisis permanente y abierta descomposición del régimen.

Los proyectos agotados en la agonía de un régimen

A la altura de 1969 los dos proyectos político-ideológicos —el de Falange y el de Acción Española-Opus Dei— se habían agotado. Podría decirse que el primero lo había hecho por la vía del fracaso y el segundo por la del éxito. La razón de ambos fracasos hay que

presencia comunista y pornográfica en los medios de comunicación también era esgrimido por López Rodó en sus ataques ante Franco a la liberalización de Fraga, en IGLESIAS, P. H.: *La política...*, op. cit., p. 355. Este tipo de preocupaciones eran, como es bien sabido, plenamente compartidas por Carrero Blanco, TUSELL, J.: *Carrero...*, op. cit., p. 329.

³³ IGLESIAS, P. H.: *La política...*, op. cit., p. 560.

³⁴ *Id.*, pp. 568-572.

³⁵ TUSELL, J.: *Carrero...*, op. cit., pp. 346-347.

³⁶ IGLESIAS, P. H.: *La política...*, op. cit., p. 488.

situarla en el mismo punto, en el de las relaciones entre régimen y sociedad. O, lo que es lo mismo, en el modo en que los dos proyectos concebían la articulación entre Estado y sociedad, y el modo en que ésta reaccionaba ante ellos. Las ideas, en efecto, «cuentan», pero también la sociedad tenía mucho que decir al respecto, y lo estaba diciendo.

El proyecto falangista fiel siempre a algunos de los rasgos definidores del fascismo, aunque ya no se pudiera hablar de tal, había buscado una articulación entre régimen y sociedad basada en la primacía y centralidad de un movimiento-organización, patrimonializado por Falange, que exigía, por una parte, la institucionalización de dicha primacía y, por otra, la participación política activa —perfectamente jerarquizada y controlada— de los españoles. Esto último debía hacerse a través fundamentalmente de las organizaciones del partido y los sindicatos, algo que, de conseguirse, se constituiría en un elemento de fuerza para conquistar aquella primacía y centralidad institucional. Para conseguir todos estos objetivos, la Falange de Solís y los suyos fue muy consciente de que había que dinamizar las propias estructuras del Movimiento, lo que implicaba ciertos niveles de apertura en el sentido del reconocimiento de cierta pluralidad asociativa —siempre dentro del Movimiento— y una revitalización de la Organización Sindical, reivindicando un mayor peso institucional de la misma y abriéndola, con la intención de integrarlos, a los nuevos aires que venían de una creciente recuperación del movimiento que se expresaba fundamentalmente a través de las incipientes Comisiones Obreras. La apertura informativa impulsada por Fraga se adecuaba perfectamente a esta perspectiva. Había que dejar que la sociedad se expresase, aunque siempre desde la supervisión y control desde arriba y dentro de los límites que desde allí se marcaran.

En todos estos terrenos el fracaso fue estrepitoso. El proceso iniciado en 1956 había culminado en 1965 con la desaparición del SEU y la pérdida de la universidad para el régimen; menos de una década después, el régimen hubo de admitir una situación de «virtual hegemonía» en la universidad de sus más odiados enemigos, los comunistas³⁷. Intento «totalitario» o no, el de controlar las Asociaciones de Cabezas de Familia, no tuvo más consecuencia real que la de hacer de

³⁷ TUSELL, J., y QUEIPO DE LLANO, G.: *Tiempo de incertidumbre, Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 99.

éstas y de muchas otras «amparadas» en la Ley de Asociaciones de 1964, excelentes plataformas para la articulación de los movimientos ciudadanos en una perspectiva contraria al régimen³⁸. Más importante fue lo acaecido respecto del mundo del trabajo. Ninguna de las iniciativas de Solís pudo corregir el desprestigio de ese monstruo burocrático —el único sólido desde esta perspectiva burocrática del régimen— que ya se había puesto de manifiesto cuando en 1962 el propio ministro hubo de negociar directamente con los representantes de los mineros, saltándose sus propias estructuras sindicales. Los intentos de atraerse a Comisiones Obreras constituyeron un fiasco total y los de «airear» los sindicatos verticales fomentando la participación en las elecciones no sirvieron más que para dar fuelle a los enemigos del régimen. Al final no hubo más expediente que el típicamente represivo, con la ilegalización de CCOO en 1967; aunque éste se revelara finalmente insuficiente para impedir las crecientes movilizaciones de los años setenta o la victoria de las candidaturas democráticas en las elecciones sindicales de 1975. Para impedir, en suma, que por estas fechas, y con Franco vivo, el principal instrumento de control del régimen del mundo del trabajo quedara definitivamente inservible³⁹.

Hacía ya tiempo que el mundo de la cultura hablaba antifranquista⁴⁰. Y algo similar sucedía en el plano de la comunicación. Lo que había de aperturismo en la Ley de prensa de Fraga fue rápidamente desbordado por la sociedad. Es decir, fue ésta última la que llevó la apertura mucho más lejos de cuanto el propio Fraga podía haber imaginado. Producido este desbordamiento, la Ley de Prensa funcionó como una espada de Damocles sobre los medios de comunicación. Se podía suspender el diario *Madrid*, y hasta dinamitar el edificio, o se podía intentar estrangular económicamente la agencia Europa Press; las noticias de suspensiones de diarios y, sobre todo, revistas se habían convertido en habituales a la altura de 1975. Del complejo de desbordamiento del propio régimen en esta materia daría cuenta el cese de

³⁸ Más de dos decenas de ellas, sólo en la provincia de Madrid, fueron suspendidas por tres meses en abril de 1974. LLERA, L. de: *Historia de España. España actual. El régimen de Franco (1939-1975)*, Madrid, Gredos, 1986, pp. 649-650.

³⁹ Para todo lo anterior, YSÁS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004. Véase el artículo del mismo autor en este *dossier*.

⁴⁰ Véase el artículo en este mismo *dossier* de Vicente Sánchez Biosca.

Pío Cabanillas en el Ministerio de Información y Turismo en octubre de 1974⁴¹.

En el otro plano, en el de la institucionalización y la potenciación de la participación política de los ciudadanos, el fiasco no fue menor. Los fracasos en el primer sentido ya los hemos visto. En el segundo, el eterno peregrinaje del debate sobre las Asociaciones Políticas en las distintas instancias del régimen las hizo languidecer entre las reticencias de los hombres de Carrero y el Opus y la indiferencia de la sociedad. En 1974, diecisiete años después de la creación de la Delegación Nacional de Asociaciones, nacerían sencillamente muertas.

El fracaso falangista en todos los planos, que era el fracaso de un proyecto de articulación de la sociedad y el Estado por el que con diversos matices se había pugnado desde 1936, suponía la pérdida para el régimen de uno de los mecanismos fundamentales de integración y legitimación, el de la participación en clave política y a través del Movimiento de los ciudadanos. Por este lado ya no podía ofrecer más.

Era esa una perspectiva poco o nada inquietante para los adversarios de Falange, para los hombres del área de Acción Española-Opus Dei cuyo proyecto se había forjado también en los años treinta. En apariencia, lo habían conseguido todo: la institucionalización monárquica y la supremacía de las Cortes orgánicas, el Estado fuerte y el Estado administrador. Pero tampoco esta utopía reaccionaria, una vez realizada, tenía nada que ofrecer. El supuesto de una sociedad económicamente satisfecha, despolitizada y desmovilizada, que aceptara al régimen por el aumento del bienestar y el mensaje de la despolitización, era, a la altura de 1969, sencillamente eso, una utopía. El otro gran pilar ideológico, cultural y socializador en el que debería apoyarse esa utopía había desaparecido también. El Concilio Vaticano II destruyó las bases sobre las que se asentaba el Estado católico, el de la esencialidad católica de España⁴². Aunque a la jerarquía eclesiástica le costó lo suyo, a principios de los años setenta ni la Iglesia en cuanto institución ni la mayoría de los eclesiásticos se expresaban ya en nacional-católico; más aún, muchos sacerdotes pasaron al más abierto antifranquismo e incluso se incorporaron con sorprendente

⁴¹ TUSELL, J., y QUEIPO DE LLANO, G.: *Tiempo de...*, op. cit., pp. 130-137.

⁴² RAGUER, H.: *Réquiem por la cristiandad. El Concilio Vaticano II y su impacto en España*, Barcelona, Península, 2006.

frecuencia a las filas de los nacionalistas vascos o catalanes, al movimiento obrero e incluso a las distintas organizaciones comunistas⁴³. También aquí el régimen hubo de recurrir en última instancia al expediente represivo, como lo atestigua el centenar aproximado de religiosos que pasarían por la Cárcel Concordataria de Zamora. No mejor suerte corrió otro de los elementos del proyecto nacional-católico, por más que éste no se persiguiera nunca resueltamente, el relativo a la perspectiva regionalista. El férreo discurso regionalista y anti-centralista de los Calvo Serer y Pérez Embid en los años cincuenta había quedado en nada; pero tampoco las más tibias maneras de un catalanismo franquista, como el de un Porcioles y su protector López Rodó, consiguieron impedir el renacimiento del nacionalismo catalán y de la cuestión nacional en su conjunto⁴⁴.

En suma⁴⁵, ninguno de los dos proyectos tenía nada que ofrecer ya a la sociedad española. Lo que no quiere decir que sus protagonistas desaparecieran como por ensalmo. El gobierno parecía controlado por Carrero y los hombres del Opus Dei, pero el Movimiento, con la Organización Sindical, seguía constituyendo una gigantesca maquinaria burocrática y controlando la poderosa cadena de medios de comunicación del mismo. En este contexto, la ausencia de perspectivas y los crecientes desafíos que emanaban de la sociedad no hicieron sino redoblar los elementos de división de la clase dirigente, tanto como la insolidaridad, cuando no abierto enfrentamiento, entre todos sus sectores. La desconfianza en el futuro se acentuó y la desaparición de Carrero en 1973 aumentó las percepciones agónicas. Nadie pareció controlar ya el sucesivo gobierno de Arias. No es de extrañar por tanto la fragmentación de la clase política y su evolución en todas las direcciones imaginables, de los más ultras, a las «fugas» a la democracia, de los inmovilistas defensivos a quienes empezaban a otear, tibia-

⁴³ LANNON, F.: *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España 1875-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 289 y ss.; BLÁZQUEZ, F.: *La traición de los clérigos en la España de Franco*, Madrid, Trotta, 1991.

⁴⁴ MARÍN I CIVERA, M.: *Josep Maria Porcioles: catalanisme, clientelisme i franquisme*, Barcelona, Base, 2005. Véase asimismo el artículo de Xosé M. Núñez Seixas en este *dossier*.

⁴⁵ No nos ocupamos aquí de los procesos, siempre complejos y contradictorios, a través de los cuales fueron cambiando las actitudes sociales; ni indagamos acerca de la eventual efectividad —que la tuvo— de los distintos y sucesivos discursos legitimadores del régimen. Constatamos simplemente la quiebra final de estos discursos, por lo demás profundamente vinculados a los proyectos político-ideológicos estudiados.

mente, no menos tibios horizontes democráticos, de los diversos aperturismos a las múltiples involuciones. Un peregrinaje hacia la nada que sólo la figura del dictador parecía retener⁴⁶.

Franco murió ciertamente en la cama, que es donde, a falta de grandes catástrofes externas, suelen morir los dictadores que deciden mantenerse hasta el final utilizando todos los resortes represivos. Pero cuando lo hizo, cuando murió, los proyectos ideológico-políticos que habían sustentado su régimen estaban ya definitivamente agotados.

¿Podría decirse, en fin, que esta clave explicativa —en cuanto a persistencia, reformulaciones y agotamiento de dos proyectos— es insuficiente para dar cuenta de la existencia y evolución de un régimen de casi cuarenta años de duración? Habría que decir al respecto que éste era un problema del propio régimen, no del historiador: que durante esos largos años se mantuvieran las líneas fundamentales de confrontación entre los dos proyectos políticos fundamentales, que se discutiera de los mismos problemas, que nunca nadie se impusiera por completo y definitivamente, es algo que creemos ha quedado suficientemente demostrado en este trabajo. Fue ese régimen el que tardó la friolera de treinta y tres años (1936-1969) en «institucionalizarse» y el que, cuando lo hizo, fue para entrar, sin solución de continuidad, en su fase de descomposición final. Para entonces era ya una sociedad progresivamente movilizadora, politizada y democrática la que estaba marcando el camino.

⁴⁶ Parálisis política, producto de la incertidumbre y la conciencia de la debilidad, profunda división y enfrentamientos abiertos entre distintas clientelas, surgimiento de una zona intermedia entre régimen y oposición; éstas serían, para Javier Tusell, las tres claves fundamentales para explicar la evolución política del régimen a partir de 1969. TUSELL, J.: «El tardofranquismo», en *Historia de España. Ramón Menéndez Pidal*. XLI/1. *La época de Franco (1939-1975)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, pp. 145-192.